

NEGRITUD FRENTE A ILUSTRACIÓN

ROLANDO BONATO
Universidad Nacional del Comahue



Los tres pronunciamientos públicos más reconocidos de Aimé Césaire —*El discurso sobre la negritud* (1950), *Discurso sobre el colonialismo* (1955) y *Carta a Maurice Thorez* (1956)— exponen un tipo de escritura atravesada por tres características decisivas: 1. La conciencia de exhibir una discusión de ideas en el marco de la interpelación frontal. 2. La utilización de categorías sociológicas, históricas y epistemológicas junto a la invocación a referentes intelectuales y políticos con el fin de poner de manifiesto el vínculo ineludible de modernidad y colonialismo. 3. La escritura de Césaire organiza un enunciado de carácter ensayístico, y en franca oposición a un registro analítico teórico de herencia moderna. Un rasgo formal de la escritura, con una especial impronta digresiva y fragmentaria en tanto modo diferencial de pensamiento, se vuelve coherente con la controversia planteada al interior del sistema formal filosófico y epistemológico de los europeos. En este aspecto de la escritura, cabe referir la decisiva marca enunciativa del hablante que lo lleva a explicitar, como enunciado político, un yo plural en representación de la multitud de negros antillanos, caribeños y africanos.

En líneas generales, se puede indicar que existe en los escritos del martiniqueño un interés por producir un doble despojo que es personal y, a la vez, colectivo de aquellos que se encuentran atravesados por el yugo colonizador, epistemológico y cultural. Este doble despojo supone la distancia, por un lado, de la tradición occidental helénico/cristiana, particularmente en su proyección racista y discriminatoria, que continuó en la modernidad y, por otro, los presupuestos igualmente colonizadores del ser y el saber —como lo expresa el argentino Walter Mignolo— consignados en las directrices del pensamiento político marxista/comunista del Partido Comunista Francés. En ambos sistemas y tradiciones discursivas se niega el reconocimiento de una diferencia inscrita en la localidad de un espacio, las Antillas, y de un cuerpo colectivo atravesado por la experiencia histórica africana de la diáspora del colectivo negro.

La colonisation déshumanise l'Homme même le plus civilisé [...] qui, pour se donner bonne conscience, s'habitue à voir dans l'autre la bête, s'entraîne à le traiter en bête" (Césaire, 2002, p. 111).

Discurso sobre el colonialismo, de carácter ensayístico, pone en evidencia los principios xenófobos y racistas de la epistemología y su correspondencia con la historia moderna. Examina las aberraciones éticas de la empresa colonizadora conjuntamente con una doble articulación: la de establecer una línea

de continuidad que va de las consecuencias morales del colonialismo europeo y la correspondiente emergencia y equiparación de dos sujetos que padecen las consecuencias del capitalismo: el proletario y el colonizado. Estos dos actores sociales se presentan como la consecuencia más brutal del sistema de sometimiento.

Discurso sobre el colonialismo adquiere una dimensión política por cuanto el sujeto de la enunciación interviene no sólo en relación a la disputa por los espacios de poder, sino también para investir en contra de un orden

del logos que es necesario desterrar. La intervención es política, además, por exceder los postulados éticos y de revisión epistemológica con el fin de expresar el reclamo en nombre de un colectivo de millones en el mundo. La política, en este sentido, representada como guerra, tiene en el pensamiento de Césaire un interlocutor específico: Europa y, en particular, el *grosero burgués*. En este sentido, induce a pensar que el orden burgués incorpora la razón y la dimensión jurídica como ecuaciones deshonestas y exhibidas y, al mismo tiempo, como logro histórico. La barbarie colonial muestra siempre su costado brutal; de hecho, la colonización se cierra en el proceso de cosificación tanto del colonizador como del colonizado: “La colonisation déshumanise l’Homme même le plus civilisé [...] qui, pour se donner bonne conscience, s’habitue à voir dans l’autre la bête, s’entraîne à le traiter en bête” (Césaire, 2002, p. 111). [La colonización deshumaniza incluso al hombre más civilizado quien, para limpiar su consciencia, se acostumbra a ver en el otro a la bestia, se entrena en tratarlo como animal.]

Las reflexiones de Césaire permiten reconocer, desde la antigüedad y hasta la modernidad, la persistencia y la progresión de formas, prácticas y pensamientos vinculados con la otredad como estigmatización de sujetos bajo dominio y control. Proletariado y colonialismo no son entidades no correspondidas sino más bien consecuencias de un mismo acontecimiento cultural, ideológico y político. En las páginas de Césaire, se deja entrever que la acumulación originaria del excedente significó la necesidad de retroalimentación que conllevó históricamente al capitalismo. La acumulación originaria requirió la retroalimentación constante y la contracara de la modernidad, el colonialismo, devaluaron la vida humana en pro de la conquista del ser y el saber a través de un modo de sometimiento espacial, económico y epistemológico.

La consecuencia inevitable en Europa, tras la tradición racista y xenófoba, fue Hitler; figura política prefigurada, según Césaire, detrás de cada referente cultural, político o epistemológico citado por él y forjada en los últimos tres siglos. La falta de una conciencia clara sobre la envergadura racial y discriminatoria de la tradición europea condujo a que se gestara el propio *huevo de serpiente*, en el interior de Europa. Los más de cuatro siglos del sistema colonial tuvieron su pliegue en el interior, igualmente colonizador, dentro de las fronteras comunitarias europeas.

El gesto de ruptura que Césaire realizó con la tradición cultural y gnosológica de Europa es el mismo que efectuó con la renuncia al Partido Comunista Francés (PCF). El motivo del distanciamiento obedece a la falta de una proyección por parte de la izquierda francesa en relación con la adecuación de una política insular caribeña situada en el marxismo. Las categorías mismas con las que el partido piensa la inscripción de clase son, en Césaire, criticadas puesto que, más allá de la evidente sociedad de clase existente en las Antillas, el problema de fondo involucraba la condición de colonizado. En esa línea, el desafío era no incurrir en la *disolución universal*, tal como lo realizaba el PCF con una definición totalizadora y doctrinal de la realidad

proletaria, perdiendo la especificidad en la mirada política de lo propio; o —hacia el interior de las Antillas— quedarse en la *segregación amurallada* sin perspectiva superadora.

El distanciamiento de Césaire del PCF se justificó en la necesidad de responder al aislamiento que propició la izquierda francesa hacia las comunidades antillanas en su relación con el África. Del continente de origen es donde Césaire espera el resurgimiento de las Antillas. La esperanza de hallar en la tradición africana la posibilidad de una transformación que permita encontrar el hogar y la pertenencia simbólica. En esa línea, Europa fue la responsable de la alienación y el aislamiento de la región. La tradición africana que reivindica Césaire es oral y traspuesta por la diáspora colonizadora.

El posicionamiento político del antillano reconoce la posibilidad de solidarizarse con el proletariado francés y con Occidente por ser ambos colectivos consecuencias de un único proceso de colonización y capitalismo. El recaudo presupone no confundir la solidaridad con los otros con un reduccionismo incapaz de problematizar las condiciones materiales de la dominación burguesa y colonizadora de Martinica. La advertencia radica en que, el pedido de solidaridad del Partido Comunista con los antillanos, no implique tolerar la pérdida de alianzas estratégicas con el África o la unión del colectivo antillano. Se sugiere la conformación de un sistema de ideas que involucre la tradición oral de la cultura africana y se inscriba en la experiencia del cuerpo en la historia.

La presunción universalista y *autorizada* del saber que condensó los presupuestos del Iluminismo se debió en buena medida a la expansión colonial iniciada 150 años antes. La idea de superioridad racional del movimiento de ideas iluministas, entonces, estuvo entremezclada con la política de control y dominación territorial que prefiguró los componentes epistemológicos y etnocéntricos dentro de un sistema de oposición binario que recorrió los últimos cuatro siglos entre las potencias coloniales y las subordinadas; colonia/metrópolis, colonizador/subalterno, civilización/barbarie, tradición libresco/pueblos orales. En Césaire, la perspectiva política se afianza en la interpelación del Estado moderno como ámbito que subyuga la posibilidad de que colectivos subalternos puedan constituirse comunitariamente y establecer una agenda diferencial desde el diálogo con su tradición y en la conformación de una política y cultura propias.

Susan Buck-Morss (2005) plantea que la esclavitud fue en el siglo XVIII la contracara de los presupuestos del Siglo de las Luces y de la filosofía política de Occidente por cuanto ponía en evidencia la decisiva contradicción de los postulados de libertad, igualdad y humanidad de la Ilustración frente a la aberrante realidad de los países colonialistas de impulsar la comercialización de esclavos negros entre África y las colonias radicadas en América. En efecto, en el transcurso del siglo XVIII la economía de las colonias francófonas antillanas se regía tanto por la producción del azúcar y el algodón, como por la comercialización de esclavos garantes de la mano de obra requerida. La expansión en los volúmenes de producción de azúcar y otras

materias primas se llevó a cabo en un siglo caracterizado por el desarrollo del pensamiento iluminista. Este sistema de ideas propició la libertad y el conocimiento universales como valores supremos e inalienables. No obstante, el problema de la esclavitud no integró la agenda de los ilustrados, ni en términos éticos ni epistemológicos, por parte de sus principales referentes. En esta línea, Jean-Jacques Rousseau justificaba la realidad de la explotación humana alegando que las *cadena*s están en todas partes y que la esclavitud existente en las colonias y la jurisprudencia postrevolucionaria francesa no son universos compatibles. De hecho, dentro del sistema jurídico francés, el *Code noir* (1685-1848) confería el marco reglamentario necesario para el libre usufructo de la explotación esclava en los territorios de ultramar.

A tal punto llega esta presencia cohabitante entre la realidad esclava y las proclamaciones iluministas que la dialéctica del amo-esclavo de Hegel fue notoriamente condicionada por las noticias llegadas de América y, en especial, de Haití. La Revolución haitiana (1794) resultó un acontecimiento inminente en el escenario político de la Europa colonial e iluminista ya que la revuelta de los esclavizados obligó a las potencias coloniales de entonces a reconocer la primera República de negros del mundo. Tras el discurso de la defensa por los ideales de igualdad y fraternidad, el estado francés se enfrentó al dilema sobre cómo abordar la problemática del esclavo negro en cuanto a su condición jurídica y humana. El debate se centró en continuar considerándolos mercancías o bien conferirles potestad ciudadana. De estimar lo segundo, la amenaza inminente sería el derrocamiento del sistema de acumulación de capital burgués con la consecuente independencia política de otras colonias francesas. En este marco de reflexión, Susan Buck-Morss se pregunta en relación con la causa del silencio de Hegel sobre Haití y la respuesta enfática da cuenta de la condición racista y eurocéntrica del pensamiento iluminista.

La tesis puesta a consideración en *Hegel y Haití* articula la problemática de la esclavitud del siglo XVIII en el marco del desarrollo iluminista. Suggerentemente, podemos establecer una secuencia de términos que articulan el avance del colonialismo europeo conjuntamente con la consagración del Estado moderno. De manera que, en una misma época, los grandes componentes de la modernidad —el racionalismo, la ocupación y dominación militar de territorios extraeuropeos y el lineamiento de la principal forma jurídica y política, el Estado— se dirigen a un proyecto en busca de la supremacía cultural y simbólica junto al declarado desprecio por la alteridad. ■

Referencias

- Buck-Morss, Susan. 2005. *Hegel y Haití. La dialéctica amo-esclavo: una interpretación revolucionaria*. Buenos Aires: Norma.
- Césaire, Aimé. 2002. *Discours sur le colonialisme*, Paris: Présence Africaine.